

del gran fervor mariano de los fieles de los primeros siglos.

La Iglesia insertó inmediatamente el nombre de la Santísima Virgen en la oración más sagrada de la liturgia, el Canon de la misa, como consta por documentos tan antiguos como la Anáfora de Hipólito, compuesta a principios del siglo III.

Otra prueba de que la primitiva Iglesia llevaba grabado en lo más hondo de su alma el amor y la veneración a la Madre de Dios nos la ofrecen las pinturas de las Catacumbas, en que se la representa unas veces con el Niño Jesús sentado en su regazo o en sus rodillas; otras, de pie con las manos extendidas en posición orante. La más sugestiva de estas pinturas se halla en las Catacumbas de Santa Priscila, las más antiguas de Roma. Representa a María sentada, sosteniendo al Niño en sus rodillas. Tiene una túnica que cae formando numerosos pliegues. Sobre ésta lleva un manto. Un velo transparente cubre parte de su cabeza. Esta forma de llevar el velo era propia de las jóvenes prometidas, de las recién casadas y de las vírgenes. Al lado de la Virgen hay un hombre de pie. Con una mano sostiene un libro y con la otra señala una estrella. Probablemente este personaje representa a Isaías, que fué quien profetizó la venida de Cristo, luz del mundo.

A pesar de la intensa devoción de la primitiva Iglesia a la Santísima Virgen, como claramente demuestran los hechos anteriormente mencionados, las primeras fiestas marianas son de una época relativamente tardía. ¿Cómo explicar esto? Muy sencillamente si se tiene en cuenta el concepto que la primitiva Iglesia tenía de las festividades. Para los primeros cristianos, celebrar una fiesta era reunirse en un lugar para conmemorar (y damos a esta palabra su profundo sentido antiguo de «recordar realizando») la

muerte y la resurrección de Cristo, o sea, la Pascua, el *Transitus Domini*.

Estas *memorias* al principio solamente tenían lugar el día de Pascua, aniversario de la resurrección del Señor, y los domingos, día de la semana en que tuvo lugar este hecho decisivo en la historia del género humano.

Más tarde, las comunidades cristianas, profundamente impresionadas por la heroica muerte de sus mártires y por la extraordinaria semejanza que veían entre la muerte y el triunfo de ellos y la muerte y la resurrección del Redentor, introdujeron la costumbre de celebrar también el *Dies Natalis* (día del nacimiento a la vida eterna) del Mártir, renovando sobre el sepulcro que contenían los restos martirizados el Sacrificio de la Cruz.

Esta fué la causa de que se tardase en consagrar a la Madre de Dios un día determinado del año, como tampoco se consagró a ningún otro santo que no hubiese sufrido el martirio.

La primera fiesta netamente mariana, en el orden cronológico, es probablemente la Asunción, ya que la Purificación, aunque instituida antes, tardó en poseer un carácter mariano, puesto que originariamente estaba consagrada a conmemorar la presentación de Jesús en el Templo y sólo de un modo indirecto la Purificación de la Santísima Virgen.

El objeto de la Asunción era conmemorar el tránsito de María y su entrada triunfal en los cielos en cuerpo y alma. Se la conocía con los nombres de *Dormitio*, *Pausatio* y más tarde de *Assumptio*.

Debió de nacer junto al sepulcro vacío de María en Efeso o más probablemente en Jerusalén. Adquiere rápidamente gran popula-